

INCIDENCIA DEL DEPORTE EN LA FORMACIÓN Y DESARROLLO DE LA IDENTIDAD NACIONAL
THE SPORT EFFECT ON FORMATION AND DEVELOPMENT OF THE NATIONAL IDENTITY**Autores: M. Sc. Rafael Ángel Bernal-Castellanos**¹
Lic. Jesús Díaz-Ramos²¹ Facultad de Cultura Física “Nancy Uranga Romagoza**Correo electrónico:** cestudio@pnr.uccfd.cu² Facultad de Cultura Física “Nancy Uranga Romagoza

Resumen

La práctica de varias formas que pueden considerarse «predeportivas» en la formación de la nacionalidad cubana permite establecer cómo estas han expresado una distinción con respecto a preferencias foráneas. Sobre la base de varias encuestas a estudiantes, profesores y la población se apreció el interés que tiene el deporte y sus exponentes en la concepción de un paradigma nacional distintivo del cubano actual. Si se hace una adecuada divulgación de estos factores, tanto de las figuras atléticas como de los próceres, se estará consolidando no solo de la identidad nacional sino habrá una mejor integración del ejercicio físico a la vida diaria y un fortalecimiento de valores humanos esenciales. Sin embargo, el tratamiento usual en los medios su presencia en los Museos del Deporte y la escasa inclusión de estos en otras instituciones responsabilizadas con la conservación de la historia local y cubana no favorece la asunción de los mismos, esto puede favorecer, en tiempos de neoliberalismo, globalización y crisis, una vía para debilitar los sentimientos de pertenencia e identidad patria. En aras de cambiar esa situación este trabajo pretende ofrecer un grupo de ideas que favorezcan la promoción del deporte como un factor singular de la identidad y la necesidad de prestar adecuada atención los sitios destinados a la conservación y promoción del patrimonio.

Abstract

The practice of several forms that can be considerate “pre-sports” in the process of Cuban nationality formation allows to establish how these have expressed a distinction with regard to foreign preferences. On the base of several surveys to students, teachers and other people it was appreciated the interest the sport and its exponents have in the paradigm conception of the current Cuban. If this factors are adequate spreading, both athletes and patriots, it is been consolidating not

only the Cuban identity but also there will be a best integration of the physical exercises to the dairy life and an essentials human values strengthening. However, the usual treatment by the media, in the Sports Museum's its presence and the inclusion limited of these in other institutions responsible with the local and Cuban history, don't help the acceptance of them; this can open, during the neoliberalism, globalization and crisis times, a way to weaken the membership and Cuban identity feels. With the intention of changing this situation this work expects offer some ideas to improve the sport promotion as a singular factor in the identity and the necessity to pay adequate attention to the places aimed to the conservation and promotion of the heritage.

Palabras claves: Identidad nacional valores humanos Museos del Deporte

Key words: National identity Human values Sport Museums

*“...Quien dice hombres fuertes, dice hombres libres (...)
es útil a los jóvenes cubanos el Base ball; debe subsistir.
Lo que importa es que le den su verdadero lugar,
como diversión favorable al desarrollo físico,
a la salud y al vigor mental”*

Enrique José Varona

“El baseball en La Habana”

en: *Revista Cubana*. t. VI, 1887, p. 87

La Habana. Cuba.

Quien haya asistido a alguna fiesta campesina habrá podido disfrutar de las llamadas “Carreras de sortijas” donde los hombres del campo muestran sus habilidades tratando de ensartar con una pequeña varilla de madera una sortija colgada de un fino cordel sobre la rústica pista. El triunfo en el ecuestre lance implica la posibilidad de bailar una pieza con una hermosa joven seleccionada como “Reina de la Fiesta”.

Si se vuelve a los estudios de Historia de la Edad Media se recordará una contienda donde violentos caballeros encerrados en férreas corazas combatían a caballo por el honor de una aristocrática dama. No es difícil encontrar las resonancias de uno en el otro, pero lo más significativo radica en las diferencias

*PODIUM, Vol.10 No.30
mayo – agosto 2015*

que pueden ser asumidas como el origen de una nacionalidad fundamentada en la divergencia con modelos foráneos.

Tornar la áspera lanza en la sencilla espiga más que un cambio de tamaño implica una nueva óptica ante la vida subrayada al colocar como premio la posibilidad de palpar —aunque sea por encima de la ropa— los encantos de una bella dama a quienes, además, se le demuestra otra habilidad: la de bailar.

A pesar de no existir entonces una definición del término *deporte* tal y como hoy se aplica en la cotidianidad universal, la práctica de varias formas consideradas «predeportivas» en la formación de la nacionalidad cubana permite establecer dos conceptos esenciales en el desarrollo de una identidad nacional que pudieran entenderse como: el deporte ha resultado vía para expresar una distinción con respecto a preferencias foráneas, y: la práctica de la actividad física, además de su contenido lúdico, resulta una significativa demostración de habilidades para enfrentar las contingencias de la vida.

Esa fundamentación antropológica no ha sido bien estudiada y se ha visto en numerosas ocasiones como simple distracción sin respaldo testimonial para las nuevas generaciones quienes asumen entonces las historias de sucesos y glorias pasadas como parte de una leyenda áurea transmitida por sus mayores con más o menos pasión.

Una encuesta respondida por 278 alumnos de la enseñanza superior en Pinar del Río, Cuba, muestra un notable interés por los temas deportivos (65,82%) seguidos del humor (62,94%), los asuntos culturales (58,63%) y los científicos (56,83%); siendo las informaciones menos motivadoras las de carácter económico (13,66%).

Otro cuestionario entregado a 28 profesores universitarios de Ciencias Sociales (el 89,28% menor de 35 años) que participaban en un postgrado de contenido axiológico, sólo pedía mencionar cinco paradigmas de la nacionalidad; llama la atención el alcance cuantitativo de las respuestas pues daban cabida a 3 científicos, 4 pedagogos, 8 artistas, 8 deportistas y 11 políticos, pero lo más notorio resultó ser que de las 47 propuestas hechas 8 correspondían al siglo XIX, 8 a la etapa republicana y 31 al período revolucionario donde aparecían 7 atletas.

Una búsqueda posterior en la prensa de las dos semanas anteriores indicó que de los 8 deportistas referidos a 4 de ellos se les aludió en cinco o más ocasiones.

Si a lo anterior se añaden los resultados de una pregunta hecha a 347 personas en diversos puntos de la ciudad, acerca de cuáles serían las cualidades personales que deseaban ver perdurar en el cubano, las mismas fueron (en orden descendente) *valiente; fuerte; simpático; ocurrente; triunfador; buen tipo el hombre y bonita la mujer; resistente; de reacciones rápidas; decidido y optimista*. Aunque son rasgos bastante abiertos a la dimensión cotidiana resulta innegable la presencia de características derivadas del contexto deportivo (6), esto subraya la influencia de las informaciones de este sector en un pueblo con un altísimo índice de alfabetización.

Tomando en cuenta esta situación y considerando la notable presencia del deporte y los deportistas en el devenir de la nacionalidad cubana se ha querido analizar un concepto cibernético de la Historia del Deporte Cubano que, sin crear nuevos espacios, atienda el respeto a la identidad nacional y la promoción de valores históricos, éticos y estéticos en los ambientes deportivos.

La promoción de estos elementos como rasgos psicológicos de los próceres permitirá no sólo una consolidación de la identidad patria sino una mejor integración del ejercicio físico a la vida diaria, y consolidará valores esenciales en los ciudadanos.

La noción de diferenciarse de los colonizadores tuvo temprana acogida en el pensamiento cubano y encontró un espacio en las habilidades asumidas como propias por quienes nacieran en la Perla de Las Antillas. Si al colonizador pronto se le identificó como «patón», el criollo presumió de un pie bien formado; pronto la misma distinción se semantizó en otro concepto y «patón» definió a quien era torpe en el baile, o sea «gallego» y por extensión hispano, pues el nativo siempre se consideró hábil bailarín como lo confirma premiar con un baile con la más bella de la fiesta en las contiendas locales.

Este temprano intento distintivo perduró en el tiempo y alcanzó otras expresiones, vale recordar que a diferencia de otros pueblos del continente aficionados al toreo (México, Perú, Colombia y con algunos rasgos propios Bolivia)

este no encontró arraigo entre los cubanos a pesar de la más larga presencia hispana en la Isla, e incluso llegó a motivar fuertes disputas en la prensa. Aunque implica también muerte y derramamiento de sangre al cubano le interesó más la pelea de gallos, predilección tan representativa que el viajero norteamericano Samuel Hazard, afirmó en su crónica de viajes *Cuba a pluma y lápiz* no imaginar a un cubano sin un gallo bajo el brazo.

Tal vez en esa afición haya influido el rasgo que los abuelos definían con la gráfica palabra “parejería” que Fernando Ortiz defina como el afán igualador — emparejador— de la idiosincrasia criolla, pues se trata de dos animales enfrentados en similares condiciones, a diferencia del toreo donde la bestia se ve obligada a lidiar contra un hombre dotado de habilidades, raciocinio y otros auxilios favorecedores del triunfo; pero a pesar de que los gallos llegaron desde Andalucía, no son afición española, elemento a su favor para arraigar entre los cubanos. Es decir, otra diferencia que fue creando una semejanza, una identidad.

Estas aficiones no eran privativas de una clase social, abarcaban a todos aquellos que empezaban a distinguirse como «criollos» y, por tanto, trascendían hacia hábitos y normas, e incluso, permitían diluir, aunque fuera por un momento, barreras sociales, pues en el momento de su realización admitían la presencia de todos los que quisieran “competir”; de esta manera se iba insertando, junto al espíritu gregario tan común en el cubano, la ansiedad competitiva que le ha permitido afrontar tantos retos a lo largo de la historia nacional.

Si los datos anteriores se asumen como influencias sociales en la formación y desarrollo de la personalidad de quienes convivieron con esos gustos y costumbres, no puede entonces resultar extraño que numerosas figuras del patriciado reiteraran en sus comportamientos habilidades derivadas de tales pasatiempos, pues por la incidencia en ellas de determinadas características físicas y organizativas del ejercicio físico; las mismas, unidas a otras derivadas de la formación clasista recibida por ellos, donde eran adiestrados en la equitación (requisito ineludible para poderse transportar), la esgrima (aunque estaban prohibidos eran frecuentes los duelos) o el ajedrez, se advierte un sustrato deportivo en la nacionalidad.

Debe señalarse que no se trata de una afirmación festinada, los hechos demuestran, a través de las diversas épocas, cómo se fue afianzando en la cotidianidad la práctica de un conjunto de actividades con un contenido lúdico pero que suponían un desarrollo de habilidades y un espíritu competitivo insertado en la cotidianidad del cubano. De esta forma la práctica del ejercicio físico no supuso en ningún momento un elemento negativo o reductor dentro de la sociedad.

De igual modo a través de demostraciones de fuerza —habituales en los trabajadores hispanos encargados de determinadas labores no muy bien vistas por sus compatriotas acaudalados— se fueron formando las inclinaciones hacia el levantamiento de pesos o las marchas, junto con un sentimiento de fraternidad entre ellos y los espectadores cubanos. Vale recordar que tanto “isleños” como “gallegos” dejaron fama de forzudos en el imaginario popular, pero fueron también presencia significativa en el Ejército Libertador. Una de las primeras glorias deportivas nacionales: el “Andarín Carvajal” fue un emigrado español ocupado en la dura labor de cartero, pero permaneció junto a sus amigos cubanos una vez alcanzada la independencia.

Lo más notable de este proceso puede percibirse en la manifiesta afición de figuras de la gesta libertaria por la práctica de esas formas predeportivas; desde Félix Varela a José Martí y Enrique Loynaz del Castillo, el ajedrez fue práctica incluida en el horario diario; en esa afición sobresale Carlos Manuel de Céspedes, traductor de varios textos ajedrecísticos europeos. De igual modo los salones de esgrima conocieron de la presencia de Ignacio Agramonte, Rafael Morales y González, Manuel Sanguily y otros quienes si bien supieron hacer uso de esas habilidades en la manigua, acudían a las salas de armas sin saber que, tiempo después, tendrían la posibilidad de aplicar en el combate lo aprendido en ellas.

Así se fue estableciendo un rasgo semejante entre los nacidos en esta tierra y quienes venían de otras costas, se iban haciendo «idénticos» en un gusto a partir del cual fue creándose un sentimiento de «identidad» enriquecido con otros factores y trascendió a maneras de comportamiento, por ejemplo la presencia en el teatro bufo cubano del *negrito* y el *gallego* quienes se distinguen en el uso particular de la lengua donde el más oscuro emplea numerosas expresiones

propias de los aficionados a los gallos que serían incrementadas durante las primeras décadas del siglo XX con otras alusivas a la pelota.

La incidencia del pasatiempo nacional en esta identidad como pueblo es algo ya abordado, pero siempre encuentra un resquicio por donde ingresar otra vez al análisis. Desde que a mediados de la década de 1860 los hermanos Ernesto y Nemesio Guilló comenzaron a ejercitarse en los «placeres» de El Vedado en el “extraño juego” aprendido durante sus estudios en Mobile, Alabama, la práctica del mismo fue sumando adeptos e incorporando costumbres —algunas perdidas como la del baile al final— aglutinadoras de jóvenes quienes, junto a la recreación, procuraban distinguirse de los españoles a través de ese juego; un elemento a considerar es que los equipos contendientes ostentaban, en cantidad significativa; nombres relativos al entorno cubano y los pocos con denominaciones exóticas no se referían a elementos hispanos.

En este mismo sentido “la pelota” tuvo a su favor la peculiaridad de practicarse al aire libre en espacios de relativa extensión donde, sin llamar la atención, podían hacerse intercambios conspirativos lejos de controles peligrosos. Todo esto queda manifiesto en la conocida presencia de casi todos los jugadores del primer partido oficial de la historia deportiva en las filas mambisas en la contienda iniciada el 24 de febrero de 1895.

Este sintético panorama pretende fundamentar la valoración de una situación apreciable en casi todas las poblaciones: las instalaciones deportivas —ya pertenezcan al Ministerio de Educación, al de Educación Superior, o a las direcciones de deportes— son destinadas a la mera práctica deportiva o, en el mejor de los casos, empleadas, en ocasiones, como escenario artístico, pero no se percibe en ellas una función formativa desde la cual proyectar los rasgos más peculiares de la identidad.

Ante esto surge una pregunta: ¿Comprenden los profesores de Educación Física que mientras enseñan cómo coger el bate, o lanzar al aro, o entregar el batón, están formando un sentido de pertenencia a una nación deportiva? ¿Son conscientes los atletas cuando obtienen un éxito que están haciendo su aporte a

la fiesta de la cubanidad? ¿Cuando los funcionarios deportivos descuidan una instalación, perciben el daño a un sitio memorial de la historia?

En la mayoría de los casos la respuesta es afirmativa pero lo conocen por intuición, sienten esa respuesta por ser cubanos, pero no por haber recibido en sus programas de estudio, de cualquier nivel, la información necesaria para comprender mejor la dimensión patriótica de Ramón Fonst, Kid Chocolate, José Raúl Capablanca, Adolfo Luque, Enrique Figuerola y tantos otros.

Es frecuente conocer por la prensa la próxima inauguración de un Museo del Deporte en determinada localidad. Si se visita el sitio, el mismo, muchas veces pequeño, muestra en sus paredes una amplia colección de amarillentas fotos — tomadas en su mayoría por aficionados— rescatadas por los Historiadores del Deporte de cofres familiares donde perdían lustre. Junto a ellas y siempre en lugar preferencial las medallas y trofeos conquistados, en eventos internacionales de variada significación, por deportistas contemporáneos, hijos del lugar.

Luego de escasos meses las veladoras de sala intercambian recetas de cocina, comentan la telenovela, hablan de la familia, etc. pero el aburrimiento y la sensación de estar perdiendo el tiempo las oprime mientras en otro sitio, más o menos cercano, gritos de entusiasmo o alaridos de rabia matizan un encuentro deportivo de cualquier nivel y especialidad. El deporte y sus aficionados vibran de entusiasmo mientras el museo pierde el color de sus paredes, el comején mina sus maderas y un pesado olor a nada llena sus habitaciones, poco a poco se ultiman los trámites para entregárselo a otro organismo que habrá de darle nuevos usos.

¿Por qué distanciar la huella del pie que la creó? ¿Por qué no convertir cada instalación deportiva en el mejor exponente de su propia historia? ¿Por qué —por poner un ejemplo— una vez concluido el juego donde se definió al campeón nacional, no colocar, con extrema solemnidad, en un local de la instalación habilitado para ello, el instrumento deportivo utilizado para conseguir el triunfo ante las miradas respetuosas y emocionadas de quienes lo disfrutaron en el terreno? ¿Por qué no colocar junto a la atlética foto del antiguo campeón su imagen

contemporánea aplaudiendo o formando nuevos triunfadores, manteniendo una tradición?

Cada expresión del quehacer humano tiene sus peculiaridades. El deporte es dinamismo, encerrarlo entre paredes distanciadoras de las emociones que atizó, es castrarlo. Es preciso, en estos tiempos donde el deporte enfrenta el peligro de su deshumanización —dopaje, sobornos, subordinación de los intereses nacionales a los de un equipo o individuo— rescatar ese sentido de pertenencia que impresiona al más apático de los seres humanos cuando conoce el triunfo de un equipo deportivo vinculado a él por algún nexo —familiar, de vecindad, nacimiento o patria. Tal vez para muchos parezca un pecado de lesa cultura pero el paso de los años ha mostrado como un triunfo deportivo estremece más el sentimiento patrio que toda una biblioteca de historia nacional.

Más allá de la simplista proporción de que no todos los días hay un combate militar pero son muy pocos los días del año donde no se compite con otro pueblo, se descuida la fuerte carga ética y política encerrada en la socorrida frase “el amor a la camiseta” tan maltratada por los cronistas deportivos.

En este campo de la comunicación es preciso también hacer un pequeño alto; por fortuna a ningún órgano de prensa, ni organización social o cultural, se le ha ocurrido proponer una encuesta para escoger a los 10, 20 ó 50 mambises más destacados de la Guerra del '68 o de la del '95, o de la lucha contra Machado, o Batista en las ciudades o en la Sierra. Un profundo sentimiento de respeto por aquellos que de pie forjaron la Patria limita ese desaguizado, a nadie se le ocurre hacer una selección tomando en consideración el valor, las habilidades tácticas, la fuerza con el machete o la habilidad con el fusil de los que cayeron por Cuba Libre; sin embargo, no pasa un trimestre sin encontrar los “Diez Mejores” en cualquier deporte según la delimitación del antologador voluntario, quien sin pretenderlo pero siguiendo tendenciosas modas publicitarias —aunque en ellas vaya también el gusto nacional por la exaltación de las habilidades—, olvidan que aquellos derroches técnicos de su selección se manifestaron —en muchas ocasiones con sangre o dolor— porque eran CUBANOS dispuestos a todo a cambio de escuchar desde el podio de las premiaciones el Himno de Bayamo.

Y es que se necesita incluir, tanto en los programas de estudio como en las normativas para la atención al Patrimonio Nacional de las instituciones encargadas de atesorarlo y promoverlo, una línea de profundo valor axiológico para abordar al cubano en sus particularidades vitales, desde esos elementos, en apariencia insignificantes o casuales, que lo hacen idénticos en su actitud vital sean doctores o labriegos, orientales o pinareños, hombres o mujeres, constitutivos de su IDENTIDAD y en eso, sin lugar a dudas, el gusto por el deporte y la competitividad ocupan trascendente lugar.

Bibliografía.

1. Bordieu, P. (1990) “¿Cómo se puede ser deportista?”, en *Sociología y cultura*, p. 198-211. México: Grijalbo.
2. De la Iglesia, A. (1970) *Tradiciones cubanas*. La Habana: Huracán
3. Del Casal, J. (1963) *Prosas*. (t.II). La Habana. Consejo Nacional de Cultura.
4. Díaz Castañón, M del P. (compiladora). (2004). *Perfiles de la nación*. La Habana: Ciencias Sociales.
5. Elias, N. (1992) *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México. Fondo de Cultura Económica.
6. González Echevarría, R. (2002) “Literatura, baile y béisbol en el (último) fin de siglo cubano” pp. 257-271, en *Crítica práctica/Práctica crítica*.. México. Fondo de Cultura Económica.
7. _____ . (2004) *La gloria de Cuba. Historia del béisbol en la isla*. Madrid: Colibrí.
8. Hazard, S. (1934). *Cuba a pluma y lápiz*. La Habana: Trópico.
9. Loveira, C. (1984). *Generales y doctores*. La Habana: Letras Cubanas.
10. Moreno Fragnals, M. (1995). *Cuba/España, España/Cuba. Historia común*. Barcelona. Edit. Grijalbo.
11. Riaño San Marful, P. (2002) *Gallos y toros en Cuba*. La Habana. Fundación Fernando Ortiz.

12. Sixto de Sola, J. (1914, junio). "El deporte como factor patriótico y sociológico. Las grandes figuras deportivas de Cuba". *Cuba Contemporánea*, 2 (2): 128-129.